

## **Al marchar.**

**Freddy Andrés Calderón Calderón**

Levantó la cabeza del libro y se encontró con las particulares casas de la entrada de la ciudad. Seguían sin cambios. Sin embargo, creyó distinguir una fina y densa capa de años cubriéndolas. Años que daban la sensación de haber salido de ninguna parte, de pronto. Convirtiéndolas en un fósil en medio del paisaje natural, que brillaba siempre como un recién nacido. La misma impresión daba las veredas agrietadas y los árboles deshojados por el viento de la estación. Las pequeñas tiendas de la calle principal parecían aguantar una existencia de un millón de años. Incluso las personas que entraban y salían de ellas parecían cubiertas con la misma vetustez que se había adueñado de la ciudad en sus años fuera.

Desde su asiento en el bus, a través del vidrio en el que las gotas de agua dibujaban caprichosos caminos color plata, comparó la pequeña ciudad con una ballena que hubiera ido a morir a una playa aislada y lejana. Debe ser que las ciudades, como las personas, envejecen, pero no por eso se convierten en personas diferentes, pensó.

A medida que el vehículo se adentró por calles que en su memoria permanecían dibujadas a grafito, se apoderó de él la seguridad de que nada cambiaría en aquella ciudad que tan bien conocía. Solo se iría cubriendo cada vez más de esa espesa capa de años, hasta que desapareciera, enterrada por ellos. Iría acumulando años sin que los días avancen. Como lo hacen todas las ciudades del sur de Chile. De la ballena quedaría solo un esqueleto amarillento imposible de reconocer. Se preguntó si era una buena decisión la que había tomado. No supo responder.

La población lo recibió de la misma manera. Era lo que esperaba. Los pobres no pueden cambiar el aspecto de sus casas cuando se les antoja. Ni el de sus casas, ni el de ellos mismos. La capa de años los cubre sin miramientos.

Al abrir la puerta de la cocina se sintió llegando del liceo. Entró, ansioso del calor que emanaba de la cocina a leña, jugando a adivinar, por el olor, la comida que a esa hora habría terminado de cocinarse. La escena que encontró no lo decepcionó: Su madre tejía en la banca, detrás de la cocina. El delantal puesto y el largo pelo negro en el que ahora se adivinaban algunas canas tomado en una cola. En cuanto lo vio rompió en llanto. La abrazó. La nostalgia se acomodó en su pecho. Con esfuerzo evitó llorar. Él ahora era un hombre y en sus brazos el delgado cuerpo de su madre parecía haberse encogido. Qué ternura le causó verla y sentirla de esa forma. La echo tanto de menos, hijo -le dijo secándose los ojos con el delantal- como tantas otras veces la había visto hacer cuando era un niño.

La pobreza te prepara para el sufrimiento, pero hay golpes que, por lo despiadados, son un alud interminable para el que no existe contención. Un remezón del mundo en que se vive, convirtiéndolo en escombros que obligan a volver a construirlo todo desde el suelo.

Su padre lo recibió de la misma manera en que lo despidió la vez que salió para no volver. Un apretón de manos y un movimiento de cabeza. Sus ojos se habían endurecido.

Qué tal el viaje -su voz seca lo puso nervioso, como en aquellos años-. Con esfuerzo logró darle a su propia voz el tono de seguridad y adultez que ahora le eran propios. Bien, papá, bastante bien.

Es bueno volver a verlo.

Los días pasaron y se sintió con ánimo suficiente para visitar la nueva morada de su hermana. Fue solo. Quería sentir que estaba a solas con ella. Como cuando de niños esperaban que sus padres regresaran del trabajo. El día era uno de esos en que la lluvia y el humo de los cañones tiñen el mundo de un gris monótono que desdibuja la silueta de las cosas. Había echado de menos eso. La lluvia y el viento. El olor a humo y a tierra mojada. El calor de su cuerpo bajo la ropa

abrigada. Sentirse él mismo desdibujado mientras caminaba por las calles cubiertas de agua y barro. Se arrebujó en el abrigo. Se ciñó un poco más la bufanda y disfrutó del temporal mientras caminaba.

Encontró la tumba de su hermana bajo un enorme pino al que el viento arrancaba sonidos de casa vieja. Un montón de tierra húmeda con una cruz de madera. Algunas flores mustias y muchas flores de plástico. Un remolino azul y amarillo clavado en el suelo que giraba con un sonido constante, le recordó una tarde de plaza y manzanas confitadas con cada uno de ellos de la mano de su madre.

Marcharse de la ciudad fue escapar. No fue solo un acto necesario para entrar a la universidad, y a través de ella, huir de la pobreza. Fue dejar atrás a personas que lo amaban, pero que no lo comprenderían. Que lo juzgarían. A las que haría sufrir y que lo harían sufrir a él. Fue esconderse. Fue dejar atrás a su padre. Una figura inmensa que proyectaba la sombra que llenaba los días de su primera juventud. Fue entregarse al miedo.

La soledad en las ciudades pequeñas cala más en los huesos. Más que el frío. Más que el viento y la lluvia que a la larga se vuelven compañeros. Su llanto fue largo y grave.

Por su hermana, por su madre, por su padre. Por los años de pobreza. Por la ignorancia y los prejuicios de ese país tan desigual. Por él. Por las cosas que dejó atrás y nunca podría recuperar.

Frente a la tumba de su hermana comprendió que del único que había estado huyendo todo ese tiempo, era de él mismo. Enjugándose las lágrimas, prometió no volver a tener miedo.

Encontró a su madre cocinando. Revolviendo la olla entre el ruido de tapas saltando y el agua en ebullición. El televisor prendido mostraba las noticias del canal local. Su padre entró con una brazada de leña que dejó en el cajón a un lado de la estufa.

Hijo, ¿vas a almorzar con nosotros? -preguntó su madre-. ¿Qué cocinaste, mamá? Una cazuelita. Está rica.

Se sentaron a la mesa. La cazuela estaba rica.

¿Qué es lo que piensa hacer? -le dijo su padre, justo antes de echarse la cuchara a la boca. Hace rato que esperaba la pregunta-.

Me voy a quedar a vivir aquí. Voy a hacer reemplazos. Hay cosas que quiero retomar. La escritura, por ejemplo. Tengo plata para vivir por unos meses mientras encuentro algo estable. Ninguno de los dos se miró a la cara.

Por un momento lo único que se escuchó fueron las cucharas al tocar los platos y la cáscara de pan recién horneado al ser partida.

Escribir. Vas a volver aquí a escribir. Vas a dejar tu trabajo por escribir.

Sí, papá. Por escribir. Y por estar más cerca de mi mamá.

Tu mamá no te necesita cerca. Está bien. Estamos bien.

Claro, papá. Lo sé. Como siempre.

Su madre, algo nerviosa, interrumpió la conversación.

¿De qué están hablando en la tele?

El lector de noticias hablaba de una marcha que se realizaría ese mismo día en el centro de la ciudad.

Lo que faltaba. Que esa gente empiece con esas leseras aquí. Mi Dios, cómo está este mundo. Cambia eso, no quiero ver a esa gente -su padre no había perdido el talento para que sus palabras rezumaran desprecio-.

No, mamá. Espera un poco, por favor. -Sintió la mirada de su padre. Su madre no cambió de canal-.

Sentado en la plaza vio cómo la gente comenzaba a llegar. La mayoría jóvenes, pero había viejos también. Tras un consciente acopio de valentía logró levantarse para ir a reunirse con ellos. En el último momento el miedo lo inmovilizó: el canal de la ciudad estaba ahí. Todos verían quiénes estaban, quiénes eran. Estaba seguro que sus padres lo verían o que alguien más les contaría. En esa ciudad todos se conocían. Todos sabrían. Todos.

Qué estoy haciendo. Estoy quedando *hueón*. Me estoy volviendo loco.

Aterrorizado, se dispuso a dar un paso en otra dirección cuando vio a una mujer joven que lo miró y le sonrió cuando tomó de la mano a otra mujer más joven todavía. Se besaron sin pudor y le dieron la espalda. Estaban felices. Se veían felices.

Caminó hacia las personas que se disponían a marchar. Tímido al comienzo, más confiado después. Alguien lo saludó con un simple hola y él respondió extrañado, tomado por sorpresa. El simple gesto le arrancó una sonrisa. Cuando la cámara pasó frente a él, se aseguró de mostrar la mejor de sus sonrisas. La marcha fue colorida y alegre. Las banderas arcoíris y los gritos no demoraron en aparecer. Y los cantos. Y las risas.

En la calle principal se despidió de los amigos hechos marchando ante la mirada de todos. Recordó la sonrisa que provocó su saludo en un niño que, tomado de la mano de su padre, miraba al grupo de marchantes sin parpadear. Permaneció un momento allí, de pie, cerca de la entrada de su pequeña ciudad. Buscaba algo, algo que de pronto echó de menos. Levantó la cabeza.

Aquí y allá se podía distinguir el azul del cielo. Le sorprendió que hace rato dejara de llover y que no lo hubiera notado.

Iba a ser uno de esos días en el sur en los que sol se abre paso entre las nubes cargadas de lluvia.

Un árbol atrapó un rayo de sol. Le pareció que en sus ramas se podían distinguir algunos nuevos brotes.